

Aportación a la obra de Enrique M^a Repullés y Vargas: su proyecto de conducción de aguas en Piedrahíta (Ávila)

Raimundo Moreno Blanco

Durante el último cuarto del siglo XIX y el primero del XX se acometieron en Piedrahíta una notable cantidad de obras encaminadas al acondicionamiento y mejora de sus infraestructuras urbanas. Durante este periodo, y al igual que en un buen número de localidades españolas, el casco urbano se adecuó a los nuevos tiempos, creando y transformando unos servicios que o no existían o en su mayor parte provenían de época bajomedieval. Con ello, el casco urbano adquirió el aspecto renovado que exigía la sociedad de su tiempo; una sociedad en que comenzaban a emplearse nuevos métodos en la agricultura, que asistía al auge de los medios de transporte y comunicación y a la ebullición de las nuevas ideas económicas y sociales.

En este contexto se emprendió la renovación del enrollado y alcantarillado de las calles, se sustituyó el alumbrado tradicional por el eléctrico, se regló la recogida de basuras, se mudaron los pies derechos de madera de los soportales por los más seguros de piedra o los más modernos de hierro, se dispusieron nuevas aceras o se reemplazó la antigua conducción de aguas por otra que aseguraba el abastecimiento y su calidad según diseño de Repullés y Vargas.

En suma, un conjunto de intervenciones que dotaron a la villa de un marcado carácter y que en razonable medida se han conservado. Por tanto, al igual que con el resto de su patrimonio histórico y artístico, tenemos la obligación de transmitirlo en las mejores condiciones a las generaciones venideras, más si cabe teniendo en cuenta lo explícito de la reciente declaración de Bien de Interés Cultural como Con-

junto Histórico, que se ha soslayado en los últimos asfaltados de varias calles y plazas.

LA MODERNIZACIÓN DEL NÚCLEO URBANO EN LOS SIGLOS XIX Y XX

A partir del año 1882 se inician las tareas de renovación del empedrado de calles, que probablemente no se había realizado desde finales del siglo XV o principios del XVI, con lo que su estado sería bastante deficiente pese a algunas reparaciones. A partir de entonces se comienzan a dictar las condiciones para las obras y se suceden los expedientes de subasta. El pavimentado se realizaba generalmente con rollos de pequeño tamaño y con una distancia entre cadenas de 80 cm. como máximo en el caso de las más gruesas. Además el contratista debía nivelar la calle y reutilizar los rollos antiguos, poniendo a su costa los que faltasen. Desde entonces se pavimentan las calles de Pilillas, Tejedores y Postiguillo, Jesús, Camargo, Pastelería y la plaza de los Herreros.¹ En 1884 se intervino en las de Ávila, Hornos y Pilillas.² Al año siguiente en la de la Alhóndiga y para el bienio 1887-88 quedaron las obras en la calle Corral.³ En 1896 llega el turno a la calle Somoza, y dos años más tarde, de nuevo a la de Ávila⁴. Ya en el siglo XX, en 1930, se acometió el empedrado de la calle de la Fortaleza, en cuyo expediente se consideraba la intervención «de verdadera urgencia y necesidad así como de gran utilidad».⁵

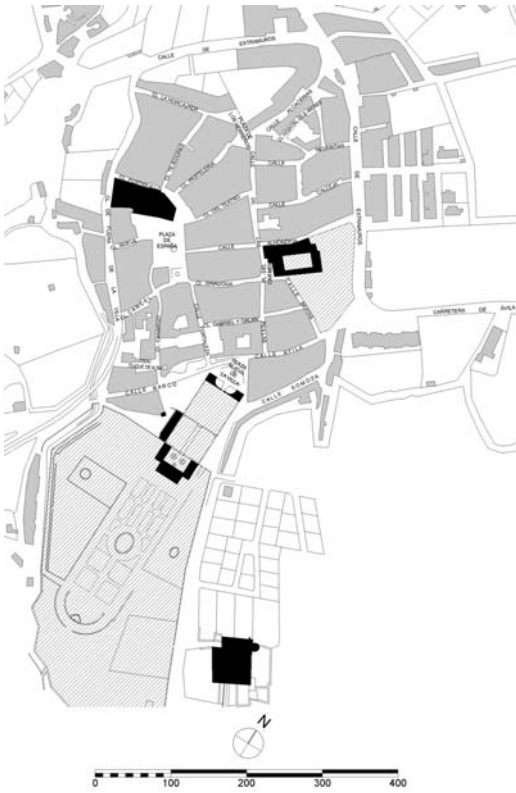


Figura 1
Plano del casco histórico de Piedrahíta (J. Gascón Bernal,
R. Moreno Blanco)

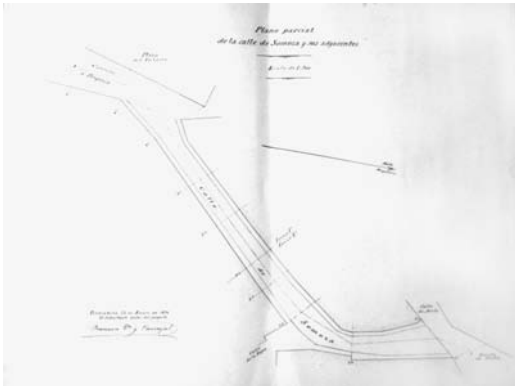


Figura 2
Remodelación de la Calle Somoza, 1896, Francisco García
Carvajal (A.M.P.)

Anteriormente, en 1895, se había pavimentado la plaza mayor, en una intervención en que quedó configurado en buena medida el aspecto que hoy muestra. Fue entonces cuando se sustituyó el enlosado general de sus soportales, comenzando por un primer tramo de 15 m. lineales por 4,60 de ancho partiendo desde la desembocadura de la calle de la Alhóndiga. Allí se habían de instalar losas de buen granito y sin nudos labradas a picón fino, con un grosor medio de 20 cm. en el centro y al menos 10 cm. en las esquinas, que todavía hoy perduran. Poco después se ejecutaría un segundo tramo de similares dimensiones a continuación del anterior y por el mismo precio de 7 pesetas el metro.⁶ Dos años más tarde se continuaba enlosando los soportales de la zona meridional. Allí existían en la época tres inmuebles, cuyos propietarios fueron obligados a sustituir los pies derechos de madera de los portales por otros de piedra como ya se había previsto años atrás en las ordenanzas municipales. Asimismo se aprobó la construcción de una acera en la misma plaza, cuyo montante unido al de la obra anterior no alcanzaba las mil pesetas. En 1898 continuaban las obras y pagos a sus ejecutores, y al tiempo y bajo similares condiciones, se encargaban nuevos tramos de enlosado en los soportales, que a juzgar por la documentación conservada serían ya los finales, una vez finalizados los costados oriental y meridional. Al año siguiente se acordó la construcción de tres paseos enlosados en el interior de la plaza y, atendiendo al ornato, se resolvió unificar todos los techos de los soportales mediante cielos rasos, que aún se conservan en la panda oriental.⁷

Tras los últimos retoques se procedió a amueblar el espacio resultante, instalándose a partir de 1901 una decena de bancos de asiento pétreo y respaldo metálico que se siguen disfrutando. Realizó el diseño Eustaquio de Paz Rodríguez, cobrando por él trescientas noventa y nueve pesetas y nueve céntimos.⁸ El mismo año se instaló la pequeña fuente conocida como del Pato en la zona meridional, por cuyo proyecto cobró Francisco García Carvajal 200 pesetas. En ella efectivamente se representa un ánade, si bien más parece cisne que pato. Es metálica y aparece el ave con el cuello estirado en la vertical, arrojando el agua por el pico. Enroscada en él se representa una serpiente que le muerde el cuello. El modelo debió hacer fortuna en aquellos años, repitiéndose de forma industrial, ya que al menos conozco otra similar en Águilas (Murcia).⁹

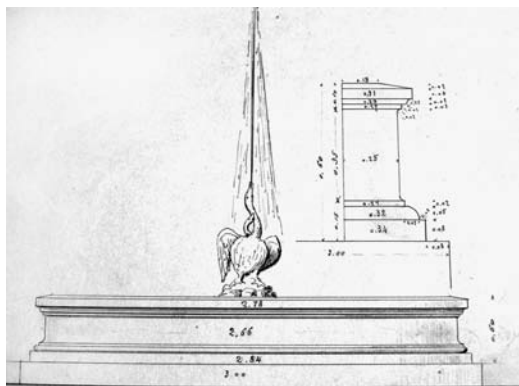


Figura 3
Diseño de la «Fuente del Pato», 1901, por Francisco García Carvajal (A.M.P)

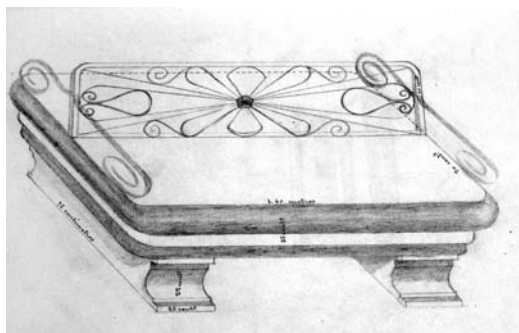


Figura 4
Diseño de los bancos de la Plaza Mayor, 1901, Eustaquio de Paz Rodríguez (A.M.P)

También en este periodo se elaboraron aceras por todo el casco para mejorar las condiciones de uso peatonal. Para su construcción se trazaban líneas rectas regularizando los salientes de las calles y rellenando los entrantes con cal hasta el borde de las aceras. Como pavimento se empleaban losas graníticas de entre una vara —0,83 m— y un metro de ancho, encintadas con adoquín colocado de canto. De este modo se comenzó a trabajar en 1881 en la calle de la Fortaleza;¹⁰ y al año siguiente en las de Tejedores, Jesús, Camargo, Pastelería y Pilillas.¹¹ En 1884 se hicieron las aceras de las calles de Ávila, la Alhóndiga,

Hornos y parte de Pilillas. En el bienio 1887–88 las de Corral y Jesús.¹² En los años 1896 y 1898 respectivamente se actuó en las calles de Somoza y Ávila, atendiendo a necesidades que iban más allá de la construcción de aceras, concluyendo el siglo con nuevas intervenciones en Pilillas, Nueva, La Horcajada y la plazuela del Palacio en 1899.¹³ Durante el primer lustro del nuevo siglo continuó la actividad febril en el viario piedrahitense, sucediéndose las intervenciones en las calles de La Horcajada y plaza de los Herreros, de Beatas, Tejedores, un tramo cercano a la iglesia parroquial, en el perímetro del Hospital, Neveritas y Redondo.¹⁴

Estas centenarias aceras se han respetado dispersas por el recinto intramuros ocupando la mayor parte de sus calles. Configuran un mal llamado patrimonio menor, que merece ser conocido y conservado por lo que al conjunto aporta y que en algunos casos se ha destruido en aras de un mal entendido progreso. Actualmente las calles que con mayor o menor número de metros y con más o menos reparaciones conservan este tipo de aceras son: Somoza, El Barco, Ávila, plaza de la Villa, Beatas, Pilillas, Gabriel y Galán, plaza del Carmen, Teatro, Neveritas, La Horcajada, Tejedores, Postiguillo, Nueva, Cárcel, plaza de la Constitución, Fortaleza y la plaza Mayor.

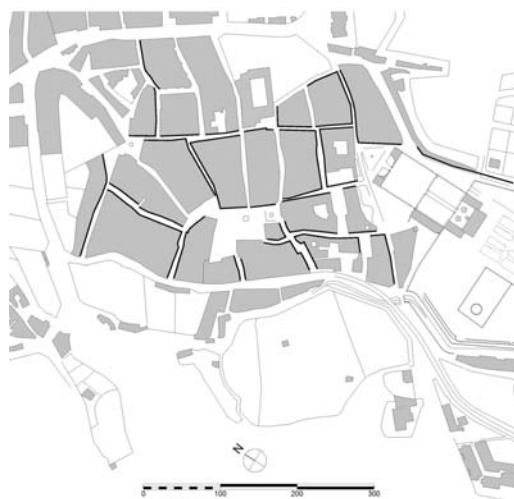


Figura 5
Plano de las «aceras históricas» conservadas (J. Gascón Bernal, R. Moreno Blanco)

Como es lógico se iba tejiendo simultáneamente la red de alcantarillado público que se extendía por las entrañas del casco urbano. Las primeras noticias de su implantación datan de 1882 y se prolongarán durante las siguientes décadas hasta 1906 en sucesivas fases.

Las anteriores obras en el trazado urbano son el reflejo de un afán de mejora propuesto por el Ayuntamiento e impulsado en gran medida por la población. A esta la renovación también le costó esfuerzos, especialmente económicos, quedando obligada a abonar el valor de tres pies de acera por vecino en las calles que no la hubiese a finales del siglo XIX. Igualmente a su costa corría el enlosado de los soporales de sus viviendas, el cambio de los pies derechos de madera por los de piedra o hierro y a cubrir sus techos en las plazas con cielos rasos.¹⁵

También entonces se tomaron importantes medidas en lo que a sanidad urbana se refiere, como muestra el documento de las condiciones bajo las que se contrataba el servicio de limpieza de las calles, fechado en 1892. En él se especifica que había de ser diaria, quedando a disposición del contratista un empleado municipal que le ayudase hasta las doce del mediodía. Comenzaban las tareas al alba por la plaza mayor a fin de que el servicio se hubiera realizado a la hora de apertura de los comercios, continuando más tarde por el resto de calles y plazas durante el tiempo necesario. El trabajo se realizaba con un «carro volquete» tirado por una caballería que portaba un esquilón para que a su paso el vecindario lo oyese y pudiera depositar en él sus desperdicios.¹⁶

Durante la noche las calles también se encontraban atendidas, encomendándose a una persona que las mantuviese iluminadas. Se debía de encargar de suministrar petróleo de buena calidad a los cuarenta y cinco faroles dispersos por la villa en 1894, incluido el colocado en la estación telegráfica. Debían permanecer encendidos a plena luz desde el anochecer, durante seis horas en invierno y cuatro en verano, comenzando el último el uno de abril y finalizando el uno de octubre. Durante el invierno sólo permanecía encendido uno de los tres faroles que pendían de la columna instalada en la Plaza Mayor. Únicamente se podían mantener apagados en las noches de luna radiante y cielo despejado, en las que esta luz supliese la artificial.¹⁷

En 1898 y en el marco de las modernizaciones que se están presentando, se decidió instalar en la

villa alumbrado eléctrico mediante la colocación de cien lámparas incandescentes de dieciséis bujías. Probablemente, la instalación de la infraestructura necesaria retrasó el inicio del servicio al menos hasta 1900, pues se conserva el contrato de alumbrado por medio de faroles de petróleo del año anterior, en que además había aumentado su número hasta los cincuenta.¹⁸

En octubre de 1915 se amplía el callejero piedrahiente con una nueva travesía. Todavía une las calles de la Fortaleza y Camargo por el espacio existente entre la escuela y el jardín del telégrafo, por tanto al norte de la antigua casa de los administradores de los duques de Alba y que hoy se conoce como de Gabriel y Galán tras haber residido el poeta en ella. Para ello hubo de derribarse una habitación de la casa que ocupaba la maestra ya que privaba de simetría a los dos lados.¹⁹

EL PROYECTO DE CONDUCCIÓN DE AGUAS DE ENRIQUE M^a REPULLÉS Y VARGAS

En el apartado anterior se ha hecho mención a los esfuerzos encaminados a modernizar las infraestructuras de la villa y elevar en ella la calidad de vida. Fueron aquéllos esfuerzos propios de la ingeniería urbana, llevados a cabo por artífices anónimos. Una más de estas intervenciones consistió en dotar a la localidad de una conducción de abastecimiento de aguas potables para consumo, de la que a diferencia de las anteriores se encargó en 1885 Enrique M^a Repullés y Vargas, arquitecto de sobra conocido en la historia de la arquitectura española.

Al decir de los profesores Navascués (1993) y Gutiérrez Robledo ([1900] 1995: III) el pródigo quehacer de Repullés engloba tres ámbitos, por ello se le puede definir como «un buen arquitecto, un escritor estudioso de su profesión y un laborioso restaurador». A estas tres facetas se puede añadir una cuarta, la de ingeniero, desconocida hasta la fecha. Si se quiere, es esta una actividad de importancia menor para la historia del arte, pero que sin duda ayuda a conocer mejor la obra y vinculación a la provincia de Ávila de uno de nuestros arquitectos más destacados del último cuarto del siglo XIX y primero del XX.²⁰

El interés de Repullés por la ingeniería se puede rastrear a través de sus colaboraciones en los *Anales*

de la Construcción y de la Industria (Aguilar Civera 1995: 25, 27, 33–36). En esta revista se ofrecía una visión global y unificadora del progreso en el arte y la ciencia desde una perspectiva interdisciplinar, en que se incluía una visión de la ciudad de fines del XIX a través de la arquitectura, la restauración, la industria, la técnica, la ingeniería, la higiene, la enseñanza, el ocio, etc., tomando como modelo la *Revue Générale de l'Architecture et des Travaux Publics* francesa. Por tanto, quedaba al margen de la discusión contemporánea de la delimitación de competencias entre ingeniero, arquitecto y maestro de obras, especialmente en el ámbito de las obras públicas. Sus colaboradores habituales —M. Carderera, J. A. Rebolledo y E. Saavedra, además del propio Repullés— extendieron sus artículos más allá de sus profesiones tradicionales. Repullés escribía tanto de arquitectura y restauración como de iluminación por medio de gas o electricidad, elevadores hidráulicos, el saneamiento del Sena o de prevención de accidentes laborales entre otros temas.

Nacido en Madrid en 1845, cursó estudios en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la capital, donde se licenciaría en 1869 formando parte de una promoción brillante a la que entre otros perteneció Adaro, diseñador del edificio del Banco de España. La capacidad que había demostrado en sus escritos, obras y restauraciones le llevaron a ingresar en la Academia de San Fernando en 1896, institución a la que ofreció gran dedicación participando en distintas comisiones. Su estima en vida no se limita al terreno nacional, siendo su trabajo apreciado en países como Inglaterra, Italia o Francia, perteneciendo en ellos a las más elevadas instituciones profesionales.

Entre su actividad arquitectónica destacan varias obras que le sitúan a la vanguardia del panorama de la época. Tras algunas viviendas particulares diseñadas en Madrid, se dedicó, preferentemente, a la construcción de edificios públicos. En este grupo sobresalen el Ayuntamiento de Valladolid (Arrechea Miguel 2004) y la que es su obra más conocida: el edificio para la nueva Bolsa de Madrid, en la antigua plaza de la Lealtad. Además, no dejó de lado la arquitectura religiosa, entre la que destacan sus trabajos de dirección de obras en la Catedral de La Almudena y su proyecto para la inconclusa basílica de Santa Teresa en Alba de Tormes. En el capítulo de la restauración se ocupó de obras del máximo interés: consolidó las torres y liberó el claustro de añadidos en las catedra-

les de Salamanca; realizó tareas de limpieza en la de Toledo; y en San Jerónimo de Madrid reparó las fábricas y saneó el edificio, red decorando el interior inspirándose en San Juan de los Reyes y Santo Tomás de Ávila. Falleció en Madrid en 1922.

Repullés estuvo estrechamente ligado a la ciudad de Ávila desde comienzos de su actividad, constituyéndose en «un personaje de la vida abulense del momento» que contaba con residencia propia en la ciudad (Gutiérrez Robledo [1894] 1997: LXXVII). Intervino en el instituto de la calle Vallespín —hoy derruido para levantar los nuevos juzgados, uno de los edificios que hemos tenido que padecer en los últimos años y que en la primavera de 2009 se decide el color de sus fachadas para «camuflarlo»—; diseñó un también desaparecido mercado cubierto; trazó la capilla de las Adoratrices —para las que trabajó en otras localidades— y se ocupó de las restauraciones del convento de La Santa —junto al que también construyó un edificio destinado a biblioteca y museo—, Mosen Rubí, las murallas, Santo Tomás, San Pedro y, muy especialmente, San Vicente.

Su relación con Piedrahíta se formalizó mediante un proyecto de conducción de aguas potables firmado el 4 de enero de 1885.²¹ Por tanto, en un momento álgido de su carrera, tras haber sido designado el año anterior arquitecto del Ministerio de Fomento, y como tal encargado de la restauración de San Vicente de Ávila, al tiempo que intervenía en el citado convento de Santa Teresa y dirigía la construcción de una nueva escuela (Muro García-Villalba 1985: 28–29). También en 1884 había ganado el concurso convocado entre arquitectos españoles para la construcción del Palacio de la Bolsa de Madrid, con lo que hay que destacar que al tiempo que proyectaba la conducción de aguas en Piedrahíta se encontraba realizando algunas de las obras que definen su carrera.

Comenzó las labores procediendo «con toda escrupulosidad en los trabajos de campo consistentes en el aforo del agua, trazado del trayecto, nivelación detallada de la línea de conducción principal, así como de las dos líneas o ramales accesorios que forman el conjunto». La intervención se hacía necesaria ya que según se informa en el pliego, las dos fuentes con que contaba la villa no surtían de agua de calidad, incluso, a intervalos, era tan mala que no se podía consumir. Esto venía causado porque en la conducción preexistente se mezclaban aguas procedentes del

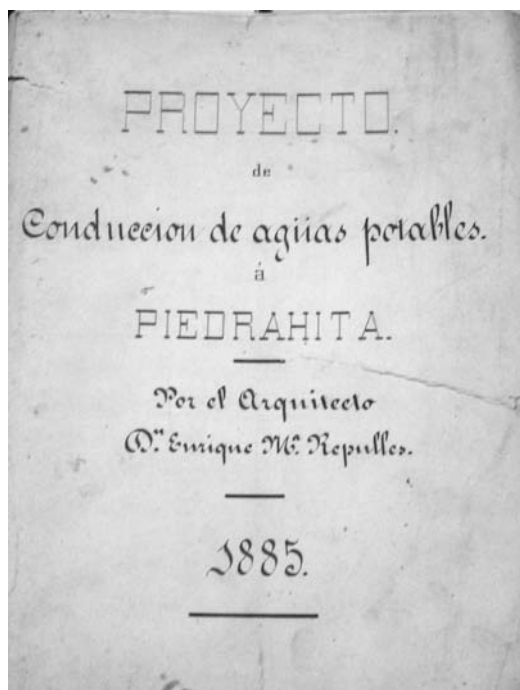


Figura 6
Portada del Proyecto de Conducción de Aguas (A.M.P)

arroyo de Pesquera, en el que se lavaban ropas sucias y lanas de los batanes. Esta anterior conducción llegaba por galería siguiendo el camino de La Horcajada hasta casi un kilómetro antes del pueblo, donde se introducía en cañerías de hierro que desembocaban en la fuente de la Plaza Mayor. A este se sumaba otro ramal que empalmaba con la arqueta que había frente a la llamada Casa de la Cruz, constando únicamente de 280 m. y era conducido en tubos de barro y arquetas en malas condiciones.

El proyecto está ilustrado con dos dibujos de mano de Repullés, quien en el primero de ellos detalla el trayecto de las nuevas canalizaciones, cotas y otros datos técnicos, además de realizar un esquemático plano de la villa. De él se desprende que la venida de aguas se realizaba siguiendo el camino situado entre el convento de Santo Domingo —del que no quedará más que el triste recuerdo si no se interviene inmediatamente en él— y el palacio de los duques de Alba.



Figura 7
Plano de Piedrahita y trazado de la conducción de Repullés (A.M.P.)

El segundo de los planos muestra una sencilla construcción que creo perdida. Se trata del depósito para el agua que Repullés presupuestó con

los muros del recipiente o vaso, de mampostería hidráulica, con enlucido hidráulico en el suelo de las losas de sillería sobre hormigón hidráulico. Los muros que forman el edificio de mampostería con paramentos exteriores de sillarejos, zócalo y aristones de sillería, cinco ventiladores para que el agua esté bien aireada, puerta de entrada con guarniciones de sillería y en el hueco una puerta de madera de dos hojas que abren hacia fuera, enrasada por las dos caras y forrada de chapa de hierro por el exterior, con pasadores y cerradura de seguridad al interior. La cornisa del edificio de sillería con moldura, hormigón sobre la bóveda del edificio formando planos inclinados y bastidores con malla metálica en los ventiladores. En el interior hay un andén en todo el aro, por este andén se da paso a una escalerilla con peldaños de sillería que baja al fondo del depósito y sirve para hacer la limpia del fondo. Por otra escalerilla, por el mismo orden que la anterior, se da entrada a las aguas en el depósito, la cual está en contacto con 10 metros lineales de targea que se unen a la arqueta del vértice 7, donde concurren los manantiales; tiene otra targea a la altura que la anterior de toma del depósito y que sirve de desagüe de superficie. Para el avastecimiento a la población tiene una llave de paso que se puede abrir y cerrar desde la parte del andén por medio de una varilla de hierro que sube por un soporte de fundición fijo al andén. De igual modo se maneja un tapón válvula que hay en el costado del muro para desagüe de fondo y que abre o cierra el tubo de 15 centímetros de

diámetro que va unido a un codillo, y este, a otro tubo que intesta en la targa de desagüe.

Con esta intervención Piedrahíta se une a la lista de localidades en que Repullés dejó muestra de su notable quehacer, más polifacético ahora al ampliarse al campo de la ingeniería.

NOTAS

1. Archivo Municipal de Piedrahíta (A.M.P.): Documentos sueltos, estantería 2, fila 2, balda 2, montón central. Como se puede comprobar las firmas que ofrezco del Archivo de Piedrahíta no son ortodoxas. Responden a que sólo una mínima parte de sus fondos están catalogados, quedando el resto emplazados en las cuatro estanterías de una habitación cuadrada separados en carpetillas de papel. El lector interesado puede consultar los documentos citados en mi inédita Tesis Doctoral *El conjunto histórico-artístico de Piedrahíta (Ávila): arquitectura y urbanismo*, Universidad de Salamanca, 2008.
2. A.M.P.: Documentos sueltos, estantería 2, fila 2, balda 2, montón derecho.
3. Ibid.
4. Ibid.
5. A.M.P.: Documentos sueltos, estantería 3, fila 5, balda 2, montón central.
6. A.M.P.: Documentos sueltos, estantería 2, fila 2, balda 2, montón derecho.
7. A.M.P.: Legajo sin numerar, libro de acuerdos de 1891–1900, sin foliar.
8. A.M.P.: Documentos sueltos, estantería 3, fila 5, balda 2, montón central.
9. Ibid.
10. A.M.P.: Documentos sueltos, estantería 2, fila 2, balda 2, montón central.
11. A.M.P.: Documentos sueltos, estantería 2, fila 2, balda 2, montón derecho.
12. Ibid.
13. Ibid.
14. A.M.P.: Documentos sueltos, estantería 3, fila 5, balda 2, montón central.
15. A.M.P.: Documentos sueltos, estantería 2, fila 1, balda 4, montón derecho.
16. A.M.P.: Documentos sueltos, estantería 2, fila 2, balda 2, montón central.
17. Ibid.
18. Ibid.
19. A.M.P.: Legajo sin numerar, libro de acuerdos de los años 1910–1920, sin foliar.
20. Hasta la fecha, además de sus numerosos escritos, únicamente contamos con estudios parciales de la obra de

Repullés, de entre los que cabría citar los de Álvarez Capra (1886), Cabello Lapiedra (1922), Zabala Gallardo (1922), Navascués Palacio (1973, 1991 y 1993), Muro García-Villalba (1985 y 1986), Gutiérrez Robledo (1995 y 1997), Aguilar Civera (1995), Martín Sánchez (2000) o Arrechea Miguel (2004).

21. A.M.P.: Documentos sueltos, estantería 3, fila 3, balda 3, montón derecho. En carpeta.

LISTA DE REFERENCIAS

- Álvarez Capra, Lorenzo. 1896. Contestación al discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Enrique M^a Repullés y Vargas. Madrid.
- Aguilar Civera, Inmaculada. 1995. «La crítica de la arquitectura y de la ingeniería entre 1876 y 1890. M. Carderera, J. A. Rebolledo, E. M^a Repullés, E. Saavedra y los Anales de la Construcción y de la Industria». *Ars Longa*, 6: 25–40.
- Arrechea Miguel, Julio. 2004. *El edificio de Ayuntamiento de Valladolid. Enrique María Repullés y Vargas y la plenitud de un siglo*. Valladolid.
- Cabello Lapiedra, Luis María. 1922. «Excelentísimo señor Enrique María Repullés y Vargas». *Arquitectura y construcción*. 89–119.
- Gutiérrez Robledo, José Luis (edición y estudio). [1900] 1995. *Proyecto de basílica a Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes por el arquitecto don Enrique María Repullés y Vargas*. Ávila.
- Gutiérrez Robledo, José Luis (edición y estudio). [1894] 1997. *La basílica de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta en Ávila*. Ávila.
- Martín Sánchez, Julio. 2000. «La contribución de Enrique María Repullés y Vargas al surgimiento de la arquitectura neomodéjar madrileña: la iglesia de San Matías en Hortaleza». *Imafronte*, 15: 145–166.
- Muro García-Villalba, Blanca. 1985. *Enrique María Repullés y Vargas (1845–1922): obra en Madrid*. Tesis de Licenciatura inédita, Biblioteca de la ETSAM, sig. TE–288.
- Muro García-Villalba, Blanca. 1986. «La arquitectura religiosa madrileña de Repullés y Vargas». *Cuadernos de Historia y Arte*, VI: 65–95.
- Navascués Palacio, Pedro. 1973. *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*. Madrid.
- Navascués Palacio, Pedro (estudio introductorio). [1899] 1991. *Panteones y sepulcros en los cementerios de Madrid*. Ávila.
- Navascués Palacio, Pedro. 1993. *Arquitectura española (1808–1914)*. Madrid.
- Zabala y Gallardo, Manuel. 1922. E. M^a Repullés y Vargas. Necrología. *Boletín de la Academia de San Fernando*, XVI: 211–214.

